



Meditación de la técnica. Ensimisma- miento y alteración

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Antonio DIÉGUEZ LUCENA
y Javier ZAMORA BONILLA
(Eds.)

Quizás resulte una obviedad, convertida ya en tópico, afirmar que José Ortega y Gasset fue pensador de su circunstancia. Muchos de sus textos periodísticos, redactados para ser presentados en las diversas publicaciones en las que habitualmente trabajaba, llevan el sello de una preocupación acuciante por desarrollar una reflexión sobre su presente que instara a una verdadera y comprometida acción. Es ésta, la acción, el único motor posible de movilización frente al adocenamiento, frente al gregarismo que impide –primero– pensar y –después– actuar.

Es Ortega, como decimos, pensador de su circunstancia. Aunque de un modo muy singular. Numerosos escritos del filósofo madrileño, originados al calor de las vicisitudes políticas y sociales que presencié, analizó y –en algunos casos– sufrió, producen hoy una singular sensación en el lector contemporáneo. Confesaba Tolstoi a muchos de los visitantes que se acercaban a Yásnaia Poliana para conversar con el genio ruso que la calidad de una obra auténticamente literaria, genuinamente universal, no pierde nunca su calidad, su fondo, el *Grund* que hace de ella algo eterno y casi eidético, cuando es vertida a otros idiomas mediante su traducción. Esta misma ley podría aplicarse a textos que, pasado con creces el momento de su publicación, logran alcanzar un estatuto atemporal mediante el despliegue de preocupaciones intrínsecamente humanas.

Es el caso de la obra orteguiana que los profesores Antonio Diéguez Lucena y Javier Zamora Bonilla nos presentan en excelente edición crítica: *Meditación de la técnica*. Un texto que nace tras la impartición, en 1933, de un curso que el propio Ortega dirigió en la Universidad Internacional de Santander, y publicado propiamente en forma de libro en 1939 junto a *Ensimismamiento y alteración*. Como apuntan los editores en la enjundiosa introducción del volumen, imprescindible para entender el contexto en el que Ortega redacta las líneas que lo componen, la filosofía que pone en juego el pensador madrileño resulta menos “desencantada” que la reflexión que sobre el mismo asunto erige Martin Heidegger algunos años más tarde, aunque no por ello son las palabras de Ortega “ingenuamente optimistas”.

Y es que nuestro protagonista es plenamente consciente de estar desplegando un tema de pujante actualidad y de progresiva preocupación, al tratar “del sentido, ventajas, daños y límites de la técnica”. La postura de Ortega es clara a este respecto: el ser humano, frente a su circunstancia natural, necesita modificar no sólo los medios, sino también las condiciones en las que vive. Para ello pone en juego la técnica, un conjunto de comportamientos que “modifican o reforman la circunstancia o naturaleza, logrando que en ella haya lo que no hay [...]. Pues bien; éstos son los actos técnicos, específicos del hombre”. Así, la técnica resulta ser una “sobrenaturaleza” que nos permite poner en paréntesis a la propia naturaleza, obligándola, de algún modo, a distanciarse de nosotros. El ser humano no es sólo su circunstancia, “sino que está sumergido en ella y puede en algunos momentos salirse de ella, y meterse en sí, recogerse, ensimismarse y solo consigo ocuparse en cosas que no son directa e inmediatamente atender a los imperativos y necesidades de su circunstancia”.

Es indudable que la progresiva evolución científica y tecnológica trae consigo patentes ventajas de distinto calado. Sin embargo, quienes nos dedicamos de una u otra manera al fomento de la cultura, bajo la mirada y el amparo de cierta tradición humanística, observamos cómo aquella misma evolución comienza a hacer estragos en la manera de entender todo cuanto tiene que ver con el desarrollo del espíritu y la promoción del sentido crítico.

Como explica Jordi Llovet en *Adiós a la universidad*, incendiario y enjundioso ensayo publicado en 2011 (Galaxia Gutenberg), “vamos por la senda de la espectacularidad y la noción de un tiempo-cero propia de las continuas novedades que divulgan los medios de comunicación masivos”. En esta línea, ya he afirmado en mi artículo “Oráculo Novalis. La memoria del Absoluto” (*Galería de los invisibles*, Ediciones Xorki, 2012), al hilo de una reflexión de Thomas Mann en *La montaña mágica*, que hoy más que nunca damos con una escisión entre “un tiempo absoluto, independiente de lo que en él se dé o esté ocurriendo, y un tiempo relativo que se halla en estrecha conexión con el sujeto agente de una acción en concreto. Tiempo matemático (celeste) y tiempo vital (terreno)”. La noción de progreso, que tan cara fue para los pensadores y literatos del siglo XIX, implica a su vez la de una existencia anclada a un presente que, sin cesar, se nos escapa incesante e irreparablemente de las manos. A cada instante, una nueva máquina, un nuevo avance técnico, desbanca sin temor ni reparo cualquier pretérito perfeccionamiento. Este dudoso concepto de evolución o progreso, que funciona en el campo científico-tecnológico (siempre que la maquinaria capitalista no detenga sus fogones, es decir, siempre que haya dinero y gente dispuesta a gastarlo para, así, seguir produciendo hasta la saciedad), se ha apoderado también del terreno cultural. Hemos creado un mercado cultural repleto de novedades editoriales, musicales y, en general, de toda índole, que se inmiscuye de tal manera en la vida del consumidor que éste, absolutamente desorientado, llega a percibir la cultura

como una mole inabarcable de contenidos. Aquel tiempo celeste o matemático, inherente al ocio (entendiendo este como el libre desarrollo de nuestras aptitudes y la atención a toda actividad que escapa de las garras de las necesidades diarias), desaparece en beneficio del tiempo terreno y de sus ocupaciones características (acudir al trabajo, procurarse cobijo y comida, etc.). La cultura pasa a convertirse en un modelo de negocio que, si bien –tan sólo simuladamente– elude la nefasta influencia de los índices de gastos e ingresos, invierte más esfuerzos (económicos y temporales) en diferenciar productos muy parecidos que en invertir en auténticos artículos de calidad. De tal manera que lo que debería ser tiempo de ocio, de verdadero cultivo del alma (dicho en su forma más pedante, pero no por ello menos significativa), deriva en una mera ocupación de trillado, de búsqueda entre aquella inmensa maraña de contenidos, para encontrar algo que merezca la pena.

El progreso, así, contiene una doble dirección. No se trata, como muchos defienden, de un arma de doble filo, sino de una idea, la del progreso, que –como un rostro jánico– posee el mismo poder para hacer el bien y el mal. Este doble efecto se hace notar, y mucho, en el funcionamiento de las universidades. Una circunstancia que también denunció con fuerza Ortega en numerosos artículos.

Mientras las empresas financian alegremente todo tipo de estudios técnicos, las Humanidades, presas de la acuciante crisis económica que amenaza a todas las universidades públicas españolas, ven indefensas cómo sus programas se reducen al mínimo e, incluso, cómo muchas especialidades desaparecen paulatinamente. Panorama, por lo que se observa, absolutamente desalentador para todo cuanto no esté relacionado con la ciencia y la tecnología. “En este país –comentaba Delibes en su discurso de entrada en la RAE– se ha hablado de suprimir la literatura en los estudios básicos –olvidando que un pueblo sin literatura es un pueblo mudo– porque, al distraer unas horas al alumnado, distancia la consecución de unas cimas científicas que, conforme a los juicios de valor vigentes, resultan más rentables. Los carriles del progreso se montan, pues, sobre la idea del provecho”, del dinero, del bienestar, del imperio del materialismo. Diversas y profundas diferencias nos separan de los tiempos pasados, aseguraba el premio Nobel Rudolf Ch. Eucken en *El hombre y el mundo*, “los cuales han cambiado el centro de gravedad de la vida y amenazan con hacerle perder todo su valor y sentido”. Hasta hace algunos siglos, el punto central de la existencia encontraba su base en un mundo invisible (religión, ideal de cultura, etc.). Gracias a él, era posible ofrecer un sentido a nuestros esfuerzos. El cambio al mundo visible o material, mediatizado por el dinero, “ha destrozado toda esta imagen”.

¿Cómo detener aquella marcha aparentemente imparable si incluso la cultura, ampliamente mercantilizada, no parece ofrecer vía posible de salvación? Como Ortega explica en *Meditación de la técnica*, no somos cosas, sino dramas, “una lucha por llegar a ser lo que tenemos que ser. La pretensión o programa que somos oprime con su peculiar perfil ese mundo en torno”. Un texto de inapreciable enjundia histórica y sociológica para comprender el valor de la reflexión humanística sobre la técnica en particular, y sobre la ciencia en general, en el que Ortega pone sobre la mesa la necesidad de comprender la técnica como los medios para realizar el programa que somos, para desarrollar nuestra vocación, y para llegar a saber, como se pregunta el propio Ortega, por qué estos años, los más intensamente técnicos que ha habido en la historia humana, son también los más vacíos.

Ficha técnica del libro:

Título:	<i>Meditación de la técnica. Ensimismamiento e interacción</i>
Autor:	ORTEGA Y GASSET, JOSÉ
Editores:	Antonio DIÉGUEZ LUCENA y Javier ZAMORA BONILLA
Editorial:	Biblioteca Nueva, Cilengua, 2015
Número de páginas:	225

Carlos Javier GONZÁLEZ SERRANO